

Domínguez Reboiras, F. *Ramon Llull. El mejor libro del mundo*. Madrid: Arpa editores, 2016. 368 pgs.

Reseñado por: Julia Butiñá (UNED)



No extraña que ante la carestía de biografías al alcance, con ocasión del séptimo centenario de la muerte de Ramón Llull, hayan aparecido dos de alto nivel, pues cuenta con pocos meses la de Pere Villalba (*Ramon Llull. Escriptor i Filòsof de la Diferència*). Hay que aclarar que ambos libros no se hacen sombra ni implican redundancia, porque cada uno tiene su sello personal y se distinguen hasta por el formato, siendo esta última obra, bastante más extensa, abundante en ilustraciones, cuadros, etc., mientras que la nuestra es estrictamente un libro, teniendo que añadir que muy bien editado.

Del autor, bastaría decir que ha dedicado 40 años de su vida profesional a la figura biografiada, pero vamos a dar algún dato más, como que, gallego de origen, ha sido profesor, desde 1974, de la Albert-Ludwigs-Universität de Freiburg, y que ha preparado diversas ediciones de obras latinas de Ramón Llull, publicadas dentro de la colección Raimundi Lulli Opera Latina (ROL), la cual dirige y coordina, dentro de la serie Continuatio Mediaevalis de la tan importante biblioteca “Corpus Christianorum”.

Y es momento de recordar que el profesor Domínguez Reboiras es precisamente autor de la parte relativa a las obras lulianas en el libro bastante reciente (2008) pero ya canónico, *Raimundus Lullus. An Introduction to his Life, Works and Thought*, que es el número 214 de la colección latina recién citada. Y además, que ha elaborado un catálogo, de pronta aparición en formato electrónico, que será de gran utilidad por dar la relación de obras, de una manera completa y muy exacta, así como más ampliada que en aquel estudio. El catálogo de obras, como relación estricta, ocupa las páginas 354-368, cerrando este libro que reseñamos.

Unas líneas de la presentación editorial me parecen sumamente definitorias de Llull, tal y como es captado en este libro: “Personaje excepcional, tanto por los avatares de su biografía como por la complejidad y ambición de su trabajo intelectual —no en vano deseaba escribir «el mejor libro del mundo», su *Ars magna et generalis*—, el mallorquín se nos muestra en estas páginas como un hombre de ideas fecundas, innovadoras y,

asimismo, muchas de ellas cercanas al lector de hoy. Prueba de ello su insobornable celebración de la alegría de vivir, de la amistad y del amor, su acérrima defensa del diálogo entre religiones y del uso de la Razón para sustentar con fuerza imbatible la fe de los hombres en Dios.”

Antes de empezar la relación me parece oportuno hacer una referencia a algo indispensable en todo libro, pero muy en especial en una biografía: y es que se tiene que leer con agrado, no como un libro de estudio pero tampoco como una obra superficial de mera distracción; y para ello es preciso tener dotes de escritor. Recordemos aquí las valiosas biografías de Stefan Zweig, a las que se debe buena parte de su fama. No me refiero a exhibicionismo literario, juegos retóricos, etc., sino a la simple y llana naturalidad de escribir como se habla, logrando un texto ágil y entretenido, que, en una palabra, invite a pasar páginas.

En el prólogo, simpático y serio a la vez, se empiezan ya a desmontar leyendas lulianas, como la alquímica, y se da una muy práctica *Nota preliminar sobre el nombre de Ramon Llull y las distintas formas de escribirlo*, citando las formas medievales y otras románicas, y justificando la grafía Ramon Llull, según la ortografía del catalán actual; pero sin demonizar otras formas centenarias, que utiliza cuando le parece bien. Los dos extremos, que ilustran la flexibilidad de su criterio, son la familiaridad con las viejas formas, habituales al historiador, y el hecho de que nadie se refiere hoy a Goethe como Göte, según correspondería a la grafía actual. A la vez recoge una divertida-triste anécdota, que explica que, a fin de evitar confusionismos, sea útil la existencia de esta misma Nota preliminar y que no figure como un pie de página.

A continuación sigue una copiosa *Introducción*, de 50 páginas, que nos pone en forma para entrar después en la vida. En ella se agrupan convenientemente un conjunto de aspectos que descargan de hacer paradas explicativas en el curso de la biografía y a la vez preparan a su lectura. Así, el aspecto tan interesante relativo a su papel respecto a la lengua catalana, donde se nos declara que Llull piensa en catalán pero usa el latín por necesidad, y donde se concreta estupendamente la oportunidad que ha supuesto para aquella lengua el haber contado en sus inicios con “un hombre dotado de tan gran inteligencia”, que escribió tanto y se difundió tan profusamente. “La difusión de los libros de Llull fija indudablemente las normas del catalán literario, que en el mismo siglo XIV sera reglamentado por la cancillería real, que se cuidó de la conservación de su dignidad” (50); lo cual constituye un hecho extraordinario y altamente positivo para una lengua romance medieval.

También se nos da buena razón del título del libro, tomado de la misma expresión luliana, debido a su afán por escribir un libro superior, que no se basara “en la autoridad de una fe sino en la autoridad de la razón, que es común a todos los seres humanos” (23). Asimismo se dedican unas páginas a explicar el Arte “concebido por su autor como un sistema sustitutivo de toda la enseñanza universitaria medieval en materia teológico-filosófica o, por lo menos, una nueva orientación de la misma” (41), y el *Ars Magna* “como un metalenguaje que supera todas las diferencias lingüísticas” (29), permitiéndonos de este modo entrar en el proceso mental de Llull y dando explicación del porqué de sus peculiaridades lingüísticas, sobre todo léxicas.

Y sobre el Arte, a destacar esta definición: “Lulio fue un laico de espíritu curioso y abierto con una visión amplia y universal, al margen de cualquier exigencia gremial o de escuela, que pretendió haber descubierto un sistema de búsqueda de la verdad por encima de religiones y creencias” (37); comentario en que el autor, aparte de la admiración que manifiesta por el biografiado, con justa exactitud evidencia que no se ha dejado obnubilar a causa de su larga dedicación magnificando lo que no habría que magnificar. Y explica que lo llama Arte y no ciencia, pues así “apunta a una visión de la

actividad intelectual como un proceso ‘artesanal’ de montar (algo nuevo) y desmontar (lo que no sirve),” 47. También lo denomina, más adelante, “*ars vivendi*”, como arte de vivir. Evidentemente la vida entera de Lull fue un arte de vivir desde la perspectiva de verlo todo a través de Dios.

Siguiendo el ejemplo del maestro tendré que decir algo en que tenga también sitio mi opinión, sin que suponga llevarle la contraria; y lo voy a hacer con motivo de su alusión a la ausencia de la Biblia en la obra luliana, lo cual es un hecho al menos en cuanto a referencias directas; pero comentaré que por mi parte he advertido cierta influencia como trasfondo en algunas ocasiones: sea argumental en las elecciones del *Libro de los animales*, sea profunda en el *Libro del gentil y los tres sabios*, pues los considero respectivamente inspirados en un pasaje del *Libro de los Jueces* y en la estructura profunda del de *Job*. Pero ello no resta valor al comentario de que Lull elude referirse al libro sagrado, dado que las Escrituras generan diferencias entre religiones y su afán misional le lleva a quitarlas.

En el apartado relativo a las *Fuentes*, aparte de los documentos, se refiere naturalmente a la *Vita Raymundi Lulli*, más conocida como la *Vita coaetanea*, que concibe como una obra de encargo -de modo selectivo, pero de mano autorizada y en buen latín-, en un momento en que, a sus 79 años, precisaba de esta exposición ante la coyuntura del Concilio de Vienne, donde iba a participar presentando su programa.

Imprescindible en esta parte introductoria el capítulo dedicado a *El marco geopolítico: el mediterráneo noroccidental*, espacio que le ciñe, y donde trata de la Casa de Aragón, del reino occitano-balear de Mallorca y de su sociedad tripartita, integrada por judíos, musulmanes y cristianos.

Total, que al llegar al curso propiamente biográfico nos hallamos ya en la página 84, encontrándonos dispuestos para encajar vida tan singular, que nuestro autor califica entre la odisea y la peregrinación. Pero quedan aún 250 páginas, que se destinan a lo que en el epílogo queda clavado como *Homo viator*. A pesar de lo arriesgado de un efecto real, me permito aquí un comentario *light* acerca de vida tan trepidante, y es que se avendría muy bien para una película de aventuras; eso sí, siempre que fuera excelente, de un gran director y revisada o vigilada de cerca por un lulista de este calibre.

Me parece útil referenciar los títulos del recorrido, pues son la columna vertebral del mismo: Los años oscuros. Su vida antes de la conversión.- Conversión e iluminación.- Los primeros escritos. Examen y aprobación en Montpellier.- Miramar.- En Roma y en París.- Revisión del *Arte*.- (Re)conquista de la Tierra Santa.- La crisis en Génova y primer viaje misional a África.- Nápoles y la curia romana.- Segundo viaje a París (1297-1299).- Barcelona y Mallorca.- Viaje a Oriente.- De Montpellier a África.- Lull en Pisa y en Montpellier.- Última estancia en París.- El Concilio de Vienne.- De nuevo en Mallorca.- Raimundo Lulio en Sicilia.- El último viaje.

Se desarrollan las explicaciones o bien se cuestionan los hechos al ritmo de los acontecimientos; así, tratando la etapa mallorquina a raíz de su conversión se nos informa que la sociedad cristiana no era proclive a la integración o conversión de los musulmanes (94-95) o bien se aclara la inexactitud de la calificación de “senescal de la mesa del rey de Mallorca”, a pesar de que lo recoja la misma *Vita*.

Hay que destacar también que la biografía esquiva los episodios más “comerciales”, como el del esclavo moro, pero no omite leyendas menos conocidas, como la del lentisco escrito, en Randa (135); es decir, gradúa los sucesos según el interés teniendo en cuenta lo positivo tanto de deshacer entuertos como de aportar novedades.

El entronque tan fuerte de Lull con Francia, sobre todo a través de Montpellier, queda explicado suficientemente, así como también su raíz hispánica; comentario que se

cierra lógicamente con una referencia a su universalidad (147).

Destacamos especialmente el apartado sobre *La lucha contra la ignorancia de los cristianos* (183-185), donde recoge cómo culpa a la Iglesia de la persistencia de la ignorancia de los infieles y se insiste en su interés en predicar a los cristianos como responsables de su ignorancia; crítica que constituye un rasgo muy peculiar de Llull. Se trata además aquí de su simpatía por el ideal franciscano.

Seguidamente se expone la visión de Llull acerca de las cruzadas y de su discutida implicación; es decir, se trata de los conceptos *Misión y/o cruzada*, como se titula el apartado, del cual entresaco esta idea como principal: “A él le interesa única y exclusivamente la misión, la conquista pacífica del infiel a través de una razonable disputa. Su discurso sobre la cruzada sólo aparece y se desarrolla en los escritos dirigidos al Papa o a los reyes. ... Para recabar audiencia ante los pontífices romanos, Lullio proponía una reconsideración de la cruzada al servicio de la misión... Lo que siempre pretenderá en sus escritos es la subordinación de toda acción militar a la misión y conversión del infiel por medios pacíficos” (191-192).

La profunda explicación en cuanto a la escritura del mejor libro del mundo la encontramos en el episodio de la crisis de Génova (195-196), expuesta en toda su trágica profundidad y dimensión espiritual. Crisis religiosa, pues, muy bien analizada por el autor, y que el profesor Batllori denominaba crisis psicopática calificándola desde la vertiente más racionalista. Aquí se recoge desde el relato de la *Vita*, que narra cómo Llull opta por salvar el Arte por encima de su propia salvación, concluyendo con una observación positiva de carácter psicológico: “Una afirmación clara de esta narración, fuertemente moderna, es el rechazo de una obediencia ciega a voces internas. Lullio viene a defender aquí lo que es motor de toda su ideología: en la propia reflexión, en la decisión individual de lo que uno juzga correcto y no en la fe ciega hay que tomar todas las decisiones vitales” (197).

Su descubrimiento del *affatus* o sexto sentido humano, el del habla, se sigue en el tiempo; estamos en 1294. A continuación se relata la relación entre Llull y Celestino V, que ha interesado mucho dada su posible influencia sobre el gran *rifiuto* del papado por parte de Celestino V, caso que constituye el único anterior al de Benedicto XVI, como dimisión libre y voluntaria; puesto que hay que tener presente el paralelismo con su personaje literario, Blaquerna, quien también dejó el papado por una vida eremitaña, y que esta obra precedía en el tiempo.

Se da reseña de las estancias activas en Pisa y Montpellier, así como de la última en París. Aquí aprueban su Arte los 40 maestros de la Universidad y desarrolla intensamente su actividad antiaverroísta, que sin embargo había sido persistente a lo largo de su obra. Ahora bien, al parecer, por sus propios comentarios se desprende que no tuvo ahí gran éxito de audiencia; como, en realidad, tampoco lo tuvo, en un balance global, en su vida ni con su obra ni con su Arte.

Son muy interesantes los datos sobre el final de su vida, jalonado por el Concilio de Vienne (1311-12), época de la que se señalan dos obras clave: la misma *Vita* y el *Phantasticus*. La etapa final, vinculada a Sicilia, presenta gran interés también por las obras escritas allí -como el *De Civitate mundi*-, aun tratándose la mayoría de opúsculos o escritos breves. En este espacio nos da el autor relación de conceptos importantes lullianos como la primera y segunda intención o el del Dios mayor y menor -es decir, el de los fieles y el de los infieles-. Hay que anotar que al estudio de esta interesantísima época siciliana precisamente se dedicó en 2008 un volumen en homenaje al autor de nuestro libro: *Il Mediterraneo del '300: Raimondo Lullo e Federico III d' Aragona, re di Sicilia*, publicado en la prestigiosa serie “Subsidia Lulliana” 3, “Instrumenta Patristica et mediaevalia” 49, de la editorial Brepols.

Por último, es sabido su desconocido final y fallecimiento, regresando de un último viaje al norte de África, adonde le llevó su insistente afán misional, desencantado del frío ambiente de la cristiandad.

Llegando al epílogo queda justificado el cierre con una frase de Alonso de Zepeda, a quien tan ingente obra dentro de tan azarosa vida le parece inaudito: “es imposible que criatura humana pueda concluir sin ciencia infusa, por ser cosas que sobrepujan el curso ordinario de la naturaleza” (344). Y ello en cierto modo coincide con el juicio que suelo hacer sobre Lull como hombre que tuvo una grandísima inteligencia, una grandísima memoria, una grandísima voluntad y una grandísima imaginación, todo lo cual le hace ciertamente muy extraordinario.

Voy a dar unas últimas justificaciones y reflexiones. Aunque hemos seguido a grandes saltos el hilo del libro, no hemos pretendido detallar ni siquiera un apunte por capítulo pues excedería de lo normalmente estipulado para una reseña, perdiendo utilidad al perder entidad; por lo que basten estos meros apuntes, esperando que inviten a una lectura detallada.

No hay que pasar por alto el rigor y oportunidad de las notas, bien por indicar la bibliografía esencial, bien por reproducir los textos referidos en traducción al español; entre otras ampliaciones convenientes a pie de página.

Acabando el libro se trata del proceso de canonización de Lull, iniciado hace siglos pero limitado al grado de beato. Por lo visto es muy complejo el proceso; pero en cualquier caso, contando con su anticipación a tantos temas y actitudes de la modernidad occidental, bien podría nombrársele patrón de Europa –y no sería el primero, pues se cuenta ya con varios patrones-. O al menos, dada su proyección a las tres vertientes mediterráneas, bien podría hacérsele patrón del Mediterráneo, que no tiene ninguno. Mis votos, pues, por ello.

Si el autor, en el prólogo, recuerda con agradecimiento los grandes trabajos lulianos del que considera grandísimo especialista, Jordi Gayà, es ocasión de agradecerle este suyo, por su utilidad de amplio alcance, dado que una explicación comprensiva de una vida es la mejor introducción a la lectura de la obra de un autor.

El libro está dedicado al profesor siciliano Alessandro Musco, amigo y amigo de amigos, perdido antes de lo esperado.

Es una gran satisfacción que sea un libro tan bueno el que trate del mejor libro del mundo.